

neral, abundan en ellos las incorrecciones é impropiedades de lenguaje, que hacen resaltar más y más el poco tino y hasta la falta de buen gusto con que se escogen ciertas oraciones. Redactadas éstas por autores anónimos, careciendo del verdadero espíritu de piedad que tan necesario es para despertar el fervor, el alma sinceramente cristiana no encuentra en ellas la traducción fiel de los sentimientos que quiere expresar.

Pues bien: nada de esto se encontrará en el *Lavalle mexicano* del Sr. Córdoba. En él, como dijo el Ilmo. Sr. Labastida, Arzobispo de México, en una carta que se publicó, "*reina el espíritu de una piedad tierna y bien entendida*. Podría llamarse muy bien á este libro la llave de oro con que se penetra al santuario de la devoción más ilustrada, donde únicamente es dado saborear los opimos y deliciosos frutos de la verdadera y sólida piedad. En suma, este libro está destinado á ser el *vade mecum* de todo católico mexicano."

Nada más debemos agregar nosotros á tan explícitas y autorizadas palabras;—y terminamos estas líneas dirigiendo nuestros parabienes á los católicos mexicanos, especialmente á las damas, por tener ya un devocionario digno de su fé, de su piedad y de su cultura.



DECADENCIA LITERARIA.

I



AL observar y estudiar con detenimiento el triste estado en que se encuentra nuestra literatura, la escasez de buenas publicaciones, la falta total de crítica, el alejamiento y silencio de nuestros buenos escritores, la frivolidad é indiferencia del público, que no tiene un solo estímulo para los que se afanan y trabajan; al ver todo esto, y compararlo con lo que sucede en otras partes, razón hay para sentirse desalentado y triste, y para lamentar que la vida intelectual vaya siendo cada día más y más una mentira entre nosotros.—Hay para desesperarse al ver que en México rara vez ó nunca se publican obras de mérito, y que cuando esto sucede, las gentes apenas páran la atención en ello. Los tesoros bibliográficos con que de cuando en cuando enriquece el Sr. García Icazbalceta nuestra literatura, se apolillan en las librerías, y tan sólo tienen demanda del extranjero, donde se reconoce y se estima su mérito. Igual cosa sucede con las publicaciones de Ipanδρο

Acaico, de Roa Bárcena, de la Academia Mexicana, de Altamirano, cuyos libros no pudieron seguir saliendo á luz por falta absoluta de suscritores. Las obras de Orozco y Berra son también desconocidas y desdeñadas.

Ningun movimiento de trascendencia é importancia se observa en nuestra literatura. No hay círculos ni sociedades literarias donde los hombres estudiosos puedan reunirse para comunicarse el fruto de sus trabajos. No hay quien ejerza el magisterio de la crítica, tan indispensable en toda sociedad culta é ilustrada. No hay tampoco periódicos propiamente literarios, donde se publiquen estudios útiles y composiciones de mérito, que á su novedad uniesen el noble fin de estimular á la juventud, de darle enseñanza provechosa y ejemplos de buen gusto.— En una palabra, nos falta todo lo que en otras partes es señal segura de que la sociedad se ocupa algo en el mundo de la inteligencia.

En España, en Francia y áun en las Américas del Sur, un sinnúmero de obras nuevas se publican incesantemente. Allí un público ávido de leer reclama y acoge con entusiasmo las Revistas, los periódicos ilustrados, los folletos de actualidad, las novelas y los dramas, los libros de poesía y los de crítica. Los escritores, que se ven así estimulados, y que además alcanzan no escasa retribucion por sus desvelos, se afanan en alimentar y satisfacer aquellas aficiones del público: estudian y describen en excelentes monografías algun asunto interesante; presentan las vidas de los personajes célebres, examinan un período de la historia; y la literatura y

las artes son estudiadas por ellos con cuidado, sin que la atencion y el aplauso de los lectores les falte nunca. Publícanse los retratos y las biografías de los que se distinguen en la política, en la poesía, en las armas, en los descubrimientos, dejando así satisfecha la curiosidad de quienes viven atentos á la marcha de los sucesos y de los adelantos de las ciencias; todo lo cual revela que allí se estudia, se tiene interés por los trabajos intelectuales, y existe un deseo general de que se realice el progreso de todos los ramos del saber humano.

Pero en México. . . nada de esto se ve, y es bien triste que por la apatía de nuestra sociedad, por una parte, y por otra, las tendencias de nuestros escritores á no producir nada original ni de trascendencia en las letras, se detenga por un período indefinido todo adelantamiento, cosa que está engendrando ya una verdadera y lamentable decadencia.

II

Debido á la frialdad y desden con que aquí se ven generalmente ciertos estudios y publicaciones, fruto de estudios detenidos, de diligencia y de meditacion, los de algunos de nuestros escritores más beneméritos no han podido ejercer en nuestros progresos literarios la influencia que en el caso contrario habrían ejercido sin duda. Por eso vemos que un crecido número de nulidades, aprovechándose del silencio y apartamiento de los verdaderos maestros, se erigen audazmente en mentores de la juventud,

y difunden con profusion lamentable sus insanas y corruptoras enseñanzas. De aquí que abundan composiciones sin mérito, escasas de sustancia y de inspiración, pobres de inventiva, desprovistas de las galanuras del lenguaje, que alguna vez pueden hacer disimulable la carencia de ideas. Revélase en ellas, más que todo, una alma contagiada de los vicios y doctrinas del siglo, de ese escepticismo feo que marchita las inteligencias y seca los corazones.

Hay también una general tendencia á imitar esa literatura pesimista que nos viene de allende los mares; literatura que halaga las inclinaciones y gustos reinantes, tal vez porque va de acuerdo con las pasiones, y porque en ella no hay ideas, pensamientos verdaderos ni originalidad; nada que hable al corazón y eleve el alma.

Y si de los trabajos de pura imaginación pasamos á considerar lo que pasa respecto de asuntos serios, de aquellos que desean y suelen consultar los sabios cuando estudian la historia de un pueblo, el mal que aquí señalo toma proporciones más considerables y graves. Se han visto siempre aquellos en México con tal descuido y abandono, que hoy el que quiere dedicarse á cierto género de investigaciones, en vano busca un guía, un libro á propósito que le ilustre y auxilie en ellas. Cuando más, sólo acierta á encontrar apuntes sueltos, inconexos y sin orden ni importancia alguna; debido á lo cual se ignora completamente nuestra historia literaria en el extranjero y aún en nuestro propio país; y las obras de los mejores poetas y escritores mexicanos, que deberían ser populares y estimadas

como lo merecen, permanecen olvidadas, ocultas, sin que nadie las lea ni las aproveche. Hé ahí, pues, una labor que podría acometerse por nuestra juventud. Reuniendo y estudiando los preciosos materiales que existen en archivos y bibliotecas, podría escribirse un día con bastante fruto la historia completa de la literatura mexicana.

Pero si esto no se quiere, porque el trabajo parezca ingrato y de tardíos resultados, hay otros muchos asuntos en que podrían ejercitarse el talento y las dotes de nuestros escritores. “¿No se presenta aquí—dice el Sr. D. José María Vigil—un campo sobremanera vasto y fecundo á la observación de nuestros poetas y de nuestros literatos? ¿No se percibe con toda claridad que sobran medios para dar á la literatura un carácter original, en cuanto es lícito aspirar á esta circunstancia? ¿Qué es, pues, lo que falta? Tal vez parezca una paradoja lo que vamos á decir, no obstante que contenga, en nuestro concepto, la llave del problema. Lo que perjudica á nuestros hombres de letras es el estudio excesivo de las literaturas extranjeras; es cierto sentimiento de inferioridad que hemos heredado de la Colonia, y el cual engendra una timidez que no se atreve á traspasar los límites de una servil imitación. El poeta que ha logrado reproducir la frase rebuscada de Herrera y Fr. Luis de León, ó las ampulosas antítesis de Víctor Hugo; el dramaturgo que viste á la mexicana á una griseta de París ó á un galán espadachín de los tiempos de Calderón de la Barca, creen haber pronunciado la última palabra del arte, y no

reflexionan que olvidando lo que tienen cerca, nuestro suelo con sus espléndidas bellezas, nuestra sociedad con sus caracteres propios, con sus condiciones especiales, podrían crear cuadros y situaciones de indisputable mérito que abrirían un ancho camino á la literatura verdaderamente nacional.”

III

En efecto, nadie podrá desconocer que para evitar que el atraso, la decadencia y la esterilidad más absoluta invadan nuestra literatura, los escritores mexicanos deberían explotar los ricos y preciosos veneros de nuestra historia nacional: en ellos encontrarían raudales de frescas y variadas inspiraciones. La poesía épica y la dramática, la tragedia y el idilio, la novela y el cuento, hallarían sobradamente de qué nutrirse en sus múltiples acontecimientos. La vida del rey de Texcoco Netzahualcoyotl convida para un bellissimo é interesante poema; ¹ la heroica resistencia que la ciudad de México opuso á los conquistadores que la sitiaron, espera aún y reclama con justicia, cual una nueva Troya, un nuevo Homero; el valiente é indomable Cuauhtemoc, cuyo heroísmo sublime admiró á sus mismos enemigos, pide tambien un cantor, digno de sus hazañas y de su nombre. ² ¿Y de qué no son dignos tambien aquellos humildes y santos

¹ D. Nicanor Contreras Elizalde comenzó á escribirlo. Ignoro si lo concluyó.

² D. Eduardo del Valle publicó hará unos cuatro años un poema dedicado al último emperador azteca, con prólogo del Sr. Altamirano.

franciscanos que, venidos en pos de los conquistadores, consumaron la obra de éstos por medio de la persuacion, de la caridad y del amor? ¿Qué no merecen aquellos beneméritos sacerdotes, que, sacrificando su reposo, su salud y hasta su vida, se dedicaron con abnegacion á procurar el bien de los hijos de esta tierra? ¿Con cuánto enternecimiento veríamos figurar en las páginas de un poema al venerable Toribio de Benavente (Motolinia), fundando la primera escuela para niños indios, y enseñándoles á recitar en extraño idioma las oraciones cristianas, con una paciencia y un anhelo dignos de las recompensas del cielo! ¿Cuánto nos enternecería tambien el ver á Fr. Pedro de Gante y al P. Bernardino de Sahagun, consagrados al consuelo de los indios, á su enseñanza llena de mansedumbre, en la cual daban á aquellos paz y bienestar! Y nos interesarían tambien los que, como Boturini, vivieron por muchos años entre los hijos de la tierra, conformándose á sus gustos y á sus costumbres, con objeto de recoger las tradiciones y las antigüedades del país.—Y si desde aquellos tiempos primitivos, digamos así, de nuestra historia, nos trasladamos á los recientes de la Independencia, hallaremos tambien hombres y sucesos dignos de la epopeya, dignos de los ardientes y entusiastas cantos de los poetas: allí está el gran Morelos, defendiendo con un puñado de héroes la plaza de Cuautla; allí está el magnánimo Bravo, respondiendo con un acto de generosidad sublime á la muerte de su padre, sacrificado por los españoles; allí están, finalmente, el fin trágico de D. Agus-

tin de Iturbide, y otros mil y mil episodios, interesantes y grandiosos, que llenan nuestra historia. ¿Por qué, pues, nuestros escritores no tratan estos asuntos en leyendas, en romances, en novelas? * ¿por qué no abandonan el trillado sendero de cantar amores, desdenes y desengaños? ¿á qué ese empeño de querer imitar las literaturas extranjeras? ¿acaso no tenemos objetos nobles y fecundos, dignos de la poesía y de la novela? El estudio cuidadoso de los tres siglos coloniales ofrece ancho campo á los literatos, para que describan las costumbres de entónces, el estado de la sociedad y los personajes notables de la época. Muy poco, casi nada se ha escrito sobre tan largo período; y el que con espíritu sereno é imparcial lo estudiase y presentase á nuestros ojos, haría un gran servicio á la historia y á la literatura nacionales.

Ricos son, pues, los elementos que tienen á su disposición los literatos y los novelistas, los poetas y los dramaturgos que en México quisieran señalarse, explotando nuestra rica historia nacional. Y haré observar, en confirmacion de estas palabras, que cuando algunos escritores, nacionales y extranjeros, han acudido á ella en solicitud de asuntos para sus obras, han podido satisfacer de lleno sus deseos. Citaré entre los primeros á la insigne poetisa cubana Doña Gertrudis Gómez de Avellaneda y á Don Patricio de la Escosura, que escribieron, la prime-

(*) En 1871 comenzaron á publicarse en algunos periódicos de la capital, con el título de *Romancero de la Independencia*, varias composiciones patrióticas dedicadas á celebrar diversos episodios de aquella guerra.

ra su novela *Guatimotzin* y el segundo la suya de *La Conjuracion de México*. Entre los segundos, merecen recordarse: D. José María Roa Bárcena, cuyas *Leyendas Mexicanas* trasportan al lector á los tiempos antiguos y presentan á su vista héroes, proezas y costumbres aztecas, al mismo tiempo que varios lugares pintorescos de nuestro territorio; D. José Peon y Contreras, autor de unos bellísimos *Romances históricos mexicanos*, que tienen todo el sabor, tinte y sonoridad de las composiciones de su clase; D. Juan Luis Tercero, que publicó su poema en prosa *Nezahualpilli*, el cual, á pesar de recordar en muchos pasajes *Los Mártires* de Chateaubriand, contiene páginas llenas de originalidad, galanura y sentimiento; D. Nicanor Contreras Elizalde, de quien conozco, inédito, un largo poema descriptivo acerca de Netzahualcoyotl y de Texcoco;—y otros muchos que sería largo citar.

En tiempos anteriores á los actuales, encuéntranse tambien algunos ejemplos de lo fructuosas que han sido para la literatura nacional las inspiraciones buscadas en nuestra historia. Rodriguez Galvan escribió y dió á la escena sus dramas *El visitador Muñoz*, *El Privado del Virrey*, y otro cuyo argumento era la memorable conjuracion del Marqués del Valle. Pesado puso en metro castellano los cantares del rey de Texcoco; y por último, otros muchos poetas y escritores no se han desdenado de tratar en sus obras asuntos exclusivamente nacionales.

Por otra parte, nuestra espléndida y rica naturaleza convida á retratarla y describirla.

Nuestro pasado, envuelto aún entre las brumas del misterio, excita la curiosidad y el interés de los hombres estudiosos. Nuestras costumbres, muchas de ellas pintorescas y significativas, y que hasta hoy no han tenido un pintor feliz, esperan al que con segura mano ha de describirlas, aprovechando la poesía popular que contienen. En una palabra, sobran elementos para dar á la literatura de México un impulso vigoroso y eficaz que la haga salir del estado de postracion y de decadencia en que hoy se encuentra. Tan sólo falta verdadero amor al estudio en sus cultivadores, y acaso algun estímulo de parte del público.



NOVELAS.

I

El progreso material de nuestro siglo ha hecho revoluciones realmente extraordinarias en las letras, las ciencias, y en general en todos los ramos del saber humano; ha producido tambien cambios trascendentales en las costumbres, en las inclinaciones de los individuos, en las tendencias de las sociedades, en la manera de dirigir y desarrollar los sentimientos. Pero por desgracia, en medio de este movimiento universal, obsérvase una tendencia bien marcada y un propósito decidido de desterrar de la tierra los sanos principios que siempre la han regido, para establecer en su lugar el reinado de una falsa moral. Los partidarios de la filosofía incrédula, propagando sus doctrinas, sembrando la duda, atacando la fé de los pueblos y burlándose de su piedad, han redoblado sus esfuerzos para desviar los corazones de la senda religiosa, y pervertirlos y perderlos. “Prostituyamos las letras—han dicho:—envenenemos esas aguas donde tantos beben con delicia;”—

y mil teorías absurdas, aborto de imaginaciones desordenadas, han invadido las serenas y apacibles regiones de la poesía y del arte. Por eso la literatura contemporánea yace en una postración que presagia la muerte; por eso no se oyen ya aquellos angélicos acentos que los poetas españoles del siglo XVI arrancaban á sus arpas de oro; por eso, finalmente, los escritores no derraman sobre la ansiosa muchedumbre aquellos tesoros de amor y de fé que tanto la consolaban en otro tiempo. ¿Qué es, en efecto, la literatura de nuestros días, si no el reflejo de las depravadas costumbres y de las agitaciones y pasiones en que viven las sociedades modernas? ¿Qué nobleza hay en el fondo de esta literatura enfermiza, lánguida y frívola, que lucha con la esterilidad y la impotencia?

II

La novela, que por su índole y ventajas sólo debería emplearse en moralizar al pueblo, es por desgracia un instrumento de corrupción en manos de los que la cultivan. Ella es acaso el género literario más á propósito para educar el corazón y formar los buenos sentimientos, y llevando el espíritu á habitar mundos bellos y pintorescos, dulcifica en cierto modo las amarguras de la vida. Tal vez por esto la novela ha sido siempre la forma de enseñanza más conforme y apropiada á las naturales inclinaciones de los individuos, y de aquí que muchos de los que han querido inculcar en los demás determinadas ideas, las han revestido del hermoso

ropaje de la fábula. Por otra parte, esta clase de producciones, cuando el arte las ha modelado y el autor ha seguido en ellas las inspiraciones de la verdad, de la belleza y del bien, conmueven provechosamente el corazón, á tal grado, que después el entretenimiento que proporcionan sus páginas se desea y se busca como una necesidad de nuestra alma, como un alimento de nuestra vida interior. ¿Quién, por ejemplo, no se siente consolado de sus sufrimientos, al ver pintadas en una novela las delicias de la verdadera resignación? ¿Quién no procurará calmar las tempestades de sus pasiones, ante los sosegados y tranquilos cuadros que la virtud inspira al novelista? ¿Quién, al contemplar los horrores del vicio, no ahogará avergonzado los que se alimentan en su pecho? ¿Y quién, en fin, que haya recibido las profundas impresiones de una buena novela, no ajustará después los actos de su existencia á las prescripciones de una moral severa?—Es innegable, pues, la grande utilidad de este género literario. ¿Pero se encuentran en todas las novelas aquellas favorables condiciones? Unas hay que hacen saludable bien al lector, y otras que sólo prostituyen los corazones; unas que presentan ejemplos de virtud, y otras que sólo engendran y fomentan criminales deseos.

Debido á la perniciosa influencia de las novelas francesas, casi todas las que en nuestros días se publican adolecen de los defectos que hacen ineficaz su fin importante y noble. En ellas se describen escenas y cuadros que revelan á la juventud los misterios de las pasiones;

se habla de las tentaciones del vicio, sin hacer notar sus peligros, y aún se enseña la manera de abusar de la sencillez y de seducir á la virtud. Todas esas novelas no son otra cosa que venenosas fuentes á las que muchos se lanzan impacientes para saciar su sed; libros que hablan muy alto en contra de la cultura y moralidad de las sociedades; y más aún cuando la experiencia nos enseña que, debido al fácil acceso que se les da, y al afán con que son buscados y leídos por todo género de personas, su número crece cada día de una manera prodigiosa. Hé aquí también por qué esta clase de escritos va consiguiendo ya sobreponerse á los verdaderamente útiles y bellos. Para triunfar de éstos, ha encontrado un auxiliar poderoso en la natural inclinación que tiene el vulgo á recrearse con ficciones; y por eso los que hacen la propaganda del mal han extraviado por este medio las inteligencias, apartándolas del buen gusto literario.

¿Se necesitará ahora enumerar los estragos que tales lecturas causan en la sociedad, y muy especialmente en la juventud? ¿No bastará, para medirlos, contemplar el estado actual de las costumbres? ¡Cuántos corazones han perdido su inocencia, cuántas almas su nobleza, leyendo esas inmóviles producciones! Tiéndase la vista hácia nuestros jóvenes de hoy, y se les verá entregados á las delicias impuras que los novelistas les ofrecen: en las bibliotecas, en el hogar doméstico, en las escuelas, pasan su vida sobre esas páginas de corrupción.

Hablando de esto mismo, un distinguido escritor sud-americano se expresaba así:

“Cansada está la juventud de beber en esas aguas cenagosas de la escuela literaria francesa, aguas de donde salen vapores que trastornan los cerebros mejor organizados y que corrompen la sangre de los corazones más puros. Todas esas obras malditas que la prensa difunde y la crítica servil aplaude, producciones calenturientas que han extraviado á tantos hombres, deberían ser quemadas, como ántes se hacía con otras producciones filosóficas, por la mano maldita del verdugo. ¿Qué valen el encanto del estilo, el fuego de la imaginación corriendo como lava ardiente por páginas seductoras; las imágenes, los pensamientos envueltos en sofismas, si tras de ello hay sólo asquerosa corrupción? ¿Qué aprecio se debe á un talento corruptor? ¿Qué anatema no merecen todos los que por especulación difunden la inmoralidad y son productores del crimen? ¿Por qué hemos de venerar á esos que ensalzan el materialismo, revisten de flores el esqueleto de la duda y divinizan las más innobles pasiones? Génios mortíferos, matan las almas. . . .—Y esa literatura materialista y falaz es la que busca la juventud sedienta de emociones. Y en esas aguas de limpia superficie y seno asqueroso hemos bebido todos con delicia! Y con delicia tragamos el veneno, y éste va infiltrándose en el alma, causando una desorganización moral prematura: porque el materialismo sólo puede dar frutos de asquerosa corrupción. Excepciones tiene esa literatura, pero ya no muchas. La generalidad de esos escritos, producto de cierta escuela, es abominable, porque fomenta los instintos salva-

jes de la materia y esteriliza á un tiempo el espíritu y el corazón.” *

Otro escritor notable, el elegante y malgrado académico D. Severo Catalina, se expresa también con elocuencia al hablar de la novela en su obra *La Verdad del Progreso*. “El secreto de la humanidad—dice—no puede encontrarse en sueños inverosímiles, en maravillas falsificadas, en lecciones de utilitarismo, en ardorosas hipótesis del vicio, en apologías del libertinaje, no: lo que la humanidad ha menester hoy, no son escuelas donde se enseñe á vacilar, á dudar y á negar; no son ejemplos de crímenes enaltecidos y de virtudes menospreciadas por oscuras y modestas; no son escenas en que aparezcan los lazos de familia relajados, el matrimonio descrito como tiranía insoportable, la autoridad paterna menospreciada, justificadas las aberraciones más tristes, y convertido el amor impuro, el amor-sensación, el amor nervioso, en una especie de Jordan que lava todas las faltas, en un Dios que redime de todas las culpas. Las escuelas enemigas de la autoridad, el filosofismo destructor y el escepticismo audaz, se han apoderado de la novela francesa, é inoculan en Europa, por este medio al parecer inocente, el veneno más activo, el veneno que entra en las casas bajo el amparo de los hijos inexpertos, de las hijas cándidas y de las esposas desprevenidas; veneno dulce porque viene envuelto con una historia interesante escrita con seductor colorido; pero veneno terrible cuyos estragos for-

(*) Adriano Paéz, escritor colombiano, en su *Carta á Jorge Isaacs*, sobre su novela *María*

man gran parte de una estadística espantosa: la estadística de los divorcios, de los suicidios y de la prostitución. ¡Triste destino el de los géneos que se emplean en este servicio de Satanás! Un puñado de oro, un aplauso que se pierde prontamente en la gritería de los dolores humanos: hé aquí el precio que reciben ciertos novelistas de este siglo á cambio de tantas lágrimas en las familias, de tanta aflicción en los individuos, de tanto pudor ajado, de tanta inocencia corrompida. La malevolencia ha hecho que las corrientes del buen gusto alteren su dirección: ya no recrean á los espíritus aquellas narraciones sencillas de casos verosímiles en que, hermanándose lo útil con lo agradable, la enseñanza con el deleite, se cumplían los más altos y provechosos fines del arte: ya no satisfacen á la sencilla muchedumbre las descripciones tranquilas, los episodios honestos, las inocentes ficciones en que ora el autor pide á la vida del campo sus más interesantes escenas; ora busca en las costumbres de la presente ó de pasadas épocas, tipos de virtud y de honradez para ensalzarlos, tipos del vicio ó del extravío para enseñar á que no se les imite. Los amores castos que no producen tempestad en el alma, los amores que no pasan por el corazón como una lengua de fuego, no son amores á la moda, no son elementos á propósito para novela, de *palpitante* interés y de éxito seguro.”

III

¿Se creerá, por lo dicho y copiado hasta aquí, que debe proibirse la lectura de novelas? En manera alguna: léjos de eso, útil y saludable sería que fuesen leídos ciertos libros que, bajo la forma encantadora de poéticas ficciones, contienen preceptos de moralidad y cuadros edificantes dignos de imitarse. Más aún: en nuestros días hay casi necesidad de adoptar aquella forma literaria para que las buenas ideas se propaguen, se difundan y contribuyan al mejoramiento de los individuos; pues como dice el mismo Sr. Catalina: “en épocas de frivolidad como la presente, las obras de entretenimiento alcanzan inmensa boga y ejercen grande influencia. Si, pues, esas obras de entretenimiento, vaciadas en molde católico, van llenas de ideas sanas y nobles, de máximas generosas y consoladoras, de enseñanzas útiles y de trascendencia en la vida y en la sociedad; y si á todo esto se añaden los atractivos que presta una imaginación rica y lozana, atractivos que igualen ó superen en el encanto de la forma á las satánicas inspiraciones de los novelistas ateos, la humanidad será deudora á los novelistas creyentes de un beneficio inmenso; los considerará como ilustres mensajeros del bien y los coronará con corona inmortal de bendiciones y de amor.”

Por fortuna, no han faltado ni faltan novelistas de la índole señalada por el Sr. Catalina: aunque pocos y raros, hay escritores distinguidos que emplean su pluma en hacer el bien, ya

oponiendo á la corriente de perniciosas novelas libros llenos de piedad, de unción y de amor honesto, ya ensalzando la virtud, las sanas costumbres del pueblo, y ya, en fin, infundiendo en los corazones esperanzas y consuelos. Interesan y conmueven con sus relatos, obligan á meditar, y de este modo la semilla que siembran da más tarde excelentes frutos.

Las obras de Carlos Dickens, en Inglaterra; las de Fernán Caballero y de Trueba, en España, * y las de otros escritores de Alemania, Francia é Italia que podría citar, son una prueba de la verdad de estas palabras. En esos libros, el pueblo se deleita con páginas que le conmueven y le instruyen; hablan los nobles sentimientos del alma en un lenguaje que todos comprenden; y el amor casto, el amor puro, el amor de la familia y de la patria, presentan hermosos ejemplos que imitar. La inocencia, revestida de esplendorosas galas, circundada de una luz que parece bajar del cielo, cautiva y entenece los corazones más duros. En una palabra, en esos libros, la esposa, la madre, el huérfano, el pobre, el niño; la religión y las delicias del hogar; las satisfacciones del bien y las dulzuras de la virtud, aparecen sencillamente expuestas á los ojos del lector para enamorarle, instruirle y conmoverle. Pero por una inconcebible desgracia, estas bellas producciones no siempre son estimadas por el público, que raras veces las

(*) Las obras del P. Luis Coloma, de la misma índole que las de Fernán Caballero, pero de más honda trascendencia y de mayor mérito literario, están destinadas á ser en lo futuro la lectura favorita de las familias cristianas

busca y las lee: otros libros tienen su preferencia. Novelas hay que encantan la imaginación, que halagan nuestras inclinaciones y deseos, presentando á la vista, ora fenómenos misteriosos del alma y ardientes luchas de los afectos, ora entretenidos acontecimientos que tienen cierta analogía con los recuerdos que guardamos en nuestro corazón; pero si en todo esto, si bajo el ropaje seductor de las bellezas literarias encontramos sólo inmoralidad y escándalo, ¿no debe rechazarse lectura tan insana? ¿no debe huírse de literatura tan perniciosa? . . . Leyendo esas páginas, el frío de la duda penetra en el alma y una corrupción mortal é irresistible es el único fruto que de ellas se recoge.

De desearse es, pues, que los buenos escritores de la época; los que se interesen por el bienestar de la familia, la integridad del hogar y la paz social, emprendan una vigorosa y enérgica lucha para rehabilitar y mejorar esta rama de la literatura.



EL DÍA DE LA PURÍSIMA.

I

PLUMA de oro ha menester quien quiera dedicar en este día algunas palabras de alabanza y de júbilo á la inmaculada María, á la vírgen más pura entre todas las vírgenes, á la mansa paloma del empíreo, á la que es luz, aroma y ornamento de los espacios del cielo.

¡María, la criatura sin mancilla en quien el Eterno obró sus mayores prodigios; María, la destinada en la mente de Dios desde el principio de los tiempos para ser la predilecta de su amor; la doncella castísima, junto á cuya pureza la limpia nieve de los montes es sombra y mancha oscura; flor delicada del huerto del Señor; criatura admirable en quien la humanidad que la adora puede ver la triple aureola de la vírgen, de la madre y de la mártir; María, María, la que nos quitó las ligaduras del pecado, y nos sostiene y fortifica en las luchas diarias de esta vida triste; ¿quién podrá cantar tus glorias con acento digno de tí? ¿Dónde encontrar la palabra fácil, ardorosa y ferviente que tra-

duzca los sentimientos de los corazones que te aman? ¿Qué laúd contendrá en sus escondidos secretos la suave y angélica armonía con que debe ensalzarse á la bienaventurada Madre de Dios?

II

La hermosura de la vírgen de Judea no puede compararse con la de la más fresca rosa, ni con la apacible gallardía del suave y modesto lirio de los valles. Las azucenas son ásperos abrojos para su planta. La naciente y risueña aurora no es digno trono de esta criatura bellísima y celestial. De los más sencillos episodios de su vida se desprende un aroma rico y embriagador, al cual quisieran semejarse los perfumes más exquisitos de la tierra. . . .

María, la más bella y la de mayores encantos sobre todas las mujeres, ¿quién podrá describirte? ¿Dónde está el pintor que sepa trasladar al lienzo la gentil y acabada esbeltez de tu castísimo cuerpo? ¿Quién podrá expresar con inspirado pincel el rubor de tu manso rostro, la humildad de tu honesta y dulce mirada, la expresion, en fin, de bienaventuranza, que por designio de Dios te hacía adorable y adorada?

Los artistas más famosos apenas pudieron pisar los umbrales de la verdad. Rafael y Murillo y Fra Angélico, con haber legado al mundo obras admirables, inspiradas en el recuerdo y en la meditacion de la hermosura de María, no alcanzaron el triunfo de darnos á conocer un trasunto fiel de aquella criatura sin igual,

gala del orbe, estrella del cielo, y motivo de regocijo para todos los corazones.

¿Qué podrán decir de ella entonces estos pobres y pálidos conceptos?

III

La humanidad pecadora no pudo ni debió luchar nunca con la desesperacion. Desde el primer instante del delito tuvo un alivio y un consuelo; y el anuncio de una ventura plena reanimó sus abatidas fuerzas, haciéndole concebir dulcísimas esperanzas: fué la promesa de un Redentor Divino, que había de nacer del seno de una azucena celeste, llamada María.

Esta escogida criatura saldría á su vez del gran árbol del género humano y sería como un tierno y delicado renuevo, henchido de sávia salvadora y de perenne gracia.

Pero el hombre estaba manchado: sobre su frente llevaba el sello de la falta que lo había arrojado de la mansion de delicias del paraíso; y esta triste herencia, que se transmitiría de generacion en generacion hasta que se agotaran todas las fuentes de la vida, sería una perpétua señal de impureza para los hijos de Adan.

¿Y podría servir de tabernáculo al Hijo de Dios una mujer en quien se viera aquella fatal y triste señal? ¿Podría permitir el Criador de todas las cosas, que el que se había de sentar con Él en el trono de los cielos, no estuviera libre de aquella ley terrible que pesaría eternamente sobre todas las criaturas? La razon se resiste á creerlo, y la obra de la Redencion

habría tenido entonces un principio imperfecto. No; era preciso que la virgen purísima de cuyo seno había de salir el Hijo de Dios, el Redentor del mundo y el Salvador de los hombres estuviese limpia y alejada de todo pecado, tal como la mente de Dios la había concebido. . . .

¡Misterio dulce y consolador, garantía cierta de que la humanidad encontraría remedio á sus males, triunfaría de la muerte y vería abiertas para siempre las puertas del cielo!

IV

Los corazones creyentes y las almas de fé se recreaban en considerar la concepcion immaculada de María: todos hallaban regalado deleite en esa idea dulcísima, don que sólo á ella le fué dado alcanzar del Criador, y que supo conservar intacto toda su vida, con su humildad, su abnegacion, su pobreza y el crecido martirio de que fué mansa víctima. Pero ya á mediados del presente siglo dejó de ser una idea piadosa, para ocupar un rango más elevado y digno. El Santo Pontífice Pío IX, varon en quien el mundo católico reconoció una mision sagrada, declaró el admirable Dogma de la Inmaculada Concepcion de María, que las gentes todas recibieron con alborozo y uncion.

Sí; porque él venía á llenar un vacío que existía mucho tiempo há en todos los corazones; él iba á alegrar á los cielos, á satisfacer justas impaciencias, á traer hácia el mundo las bendiciones de Dios y de la excelsa Señora, á quien las almas todas adoran sin cesar.

Y un prodigio se ha cumplido despues de aquella definicion solemnísimá: * el amor y la devocion á María han crecido en todo el orbe católico, como si nuevo fuego hubiese encendido las almas; se han levantado suntuosos y magníficos templos para honrarla y tributarle todo género de homenajes; las familias viven felices bajo su amparo, y por doquiera se proclaman, se ensalzan y se bendicen las glorias de la Inmaculada.

Este Dogma es desde entonces, y lo será siempre, rico y preciado floron de la Religion de Cristo, y manantial fecundo de gracias y de venturas perennes para toda la cristiandad.

(*) En presencia de 50 Cardenales, 42 Arzobispos y 92 Obispos, fué definido el Dogma el 8 de Diciembre de 1854, en la inmensa Basilica Vaticana.

